

Батаи Јетер

800006

R. 90
SEMENARIO

PINTO RESCO

ESPAÑOL.

LECTURA DE LAS FAMILIAS.

ENCICLOPEDIA POPULAR.

DIRECTOR Y REDACTOR

D. Angel Fernandez de los Rios.

19 FEB. 1996

~~~~~  
1855.  
~~~~~



MADRID:

OFICINAS Y ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DEL SEMANARIO PINTO RESCO ESPAÑOL Y DE LA ILUSTRACION,
A CARGO DE D. G. ALHAMBRA, JACOMETREZO, 26.

—
MDCCLV.

SEMANARIO

PINTO RIESCO

ESTADIA

LECTURA DE LAS FAMILIAS

ENCICLOPEDIA POPULAR

DIRECTOR Y REDACTOR

D. Angel Ferrnandez de los Rios

1855

MADRID

EN COMISION EN LA TIENDA DE LOS SEÑORES RIVERO Y CAJAL

A CARGO DE D. C. ALVARADO, ASESOR DE D. A.

MADRID

SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL.

LECTURA DE LAS FAMILIAS.—ENCICLOPEDIA POPULAR.



(Cristóbal Colón delante de los Reyes Católicos á su vuelta de la conquista de América).

EL EX-MONASTERIO DE NTRA. SRA. DEL ESPINO.

En el sitio que hoy ocupa el ex-monasterio que vamos á describir, estaban en tiempos antiguos la iglesia y el cementerio de un lugar llamado Montañana la Yerma, que quedó deshabitado y arruinado por los moros, quienes pasaron á cuchillo á la mayor parte de sus habitantes. Los pocos que lograron ponerse en salvo, se creó que se establecieron luego en otros pueblos, porque los términos del suyo se cubrieron de maleza y de arbustos, y exceptuando algunos pastores, nadie á casi nadie transitaba por los mismos.

En tal estado, y cuando ya no se tenía noticia de estos desastres y catástrofes, Pedro García de Arbe, y Juan Encinas, jóvenes de Santa Gadea, que guardaban las ovejas de sus padres, tratando de recoger miel de una colmena que había en un roble, vieron entre el y un espino que crecía á su lado, una imagen de Nuestra Señora, que sin duda se ocultó al realizarse la invasión mencionada antes, cuyo hallazgo tuvo efecto el día de Santa María de Marzo de 1599.

Divulgado el caso, y alborozándose á milagro por las ideas timoratas y espíritu religioso de la época, se empezó á destruir el toranzo, y sobre los restos y derruidos paridoses de la iglesia y cementerio de Montañana se edificó á la ligera un pequeño santuario, dentro del cual se colocó la imagen de la Virgen, á la que se dió desde entonces el nombre del Espino, construyéndose en seguida una casa monástica de la orden de San Benito, que ha subsistido hasta la última esclaustración, con uno nombradía extraordinaria por lo que diremos después.

Los primeros monjes que hubo en ella fueron Ruiz Martínez, Juan Pérez de Rincoras, Juan Martínez de Fontecha y Martín Martínez, clérigos de Santa Gadea, á quienes dió el hábito el abad de Obarenes, de la propia orden de San Benito, ex-monasterio situado en el lugar de su nombre, en las sierras de Pancorbo, del cual nos ocuparemos en otro artículo.

La noticia de la aparición de la Virgen del Espino se extendió por toda España, y para tributarle fervoresos y continuos cultos se fundó una cofradía, que todos hemos conocido, aunque en decadencia, en la que entraron los cabildos de Toledo, Cádiz, Zaragoza, Calahorra, la Calzada y otros, pasando de doce mil los cofrades del clero secular y muchos más los seculares.

Los pueblos limítrofes se apresuraron á entrar también en masa, y quince de ellos iban en procesión anualmente, en día señalado, á orar en el Espino y á implorar el auxilio y la protección divinos.

Los principales y mayores bienhechores de aquel fueron los señores Mendoza, ascendientes de los actuales condes de Orgaz, y el canónigo de Toledo D. Juan Pérez.

Los primeros, desengañados del mundo y de sus pompas, levantaron en palacio pegante al ex-monasterio con comunicacion á su iglesia, á la que asistían diariamente con los monjes á sus rezos y oraciones, después de ceder sus rentas para que se dijese una misa diaria á la Virgen, y para que se cumpliesen otras cargas y obligaciones que impusieron.

Había existe en el centro de la recordada iglesia el sepulcro de los señores Mendoza, que le compone una gran losa de mármol negro, leyéndose perfectamente á su alrededor *Aquí yacen los muy ilustres señores D. Alonso de Mendoza y Doña María de Rojas su mujer; falleció año de 1549; el señor D. Alonso, año de 1838 á 11 de julio.*

El D. Juan Pérez está enterrado tambien en el panteón que hay en la capilla de Santa Margarita, en la que son notables y vistosas sus estatuas coloreadas, hecha á sus expensas, cuyo señor cedió á la comunidad un beneficio en la parroquia de los santos Cornelio y Cipriano, de comunión, y unas casas llamadas Palacios en dicho pueblo; un letrero antiguo, pero legible, dice: *Esta capilla y sepultura son de D. Juan Pérez, canónigo de Toledo y hobero del rey.*

Los poseedores de la repetida capilla son los señores Gadeas de Briones, en la Rioja, y en la actualidad el señor Velunza, de Haro.

El ex-monasterio del Espino que tuvo abad mitrado y cuantiosas rentas, se conserva bastante bien, porque á la solidez de su fábrica tiene ventajas imponderables, atendida la especie de posición que ocupa; pero mas que todo, porque el anciano y venerable esclaustrado Fr. Vincente Perea le habita hace sesenta años, é impide las depredaciones y robos de materiales y que se conozcan las huellas del tiempo, accediendo presuma á reparar los estragos que hace este.

En la guerra de la independencia y en la última civil sirvió de alojamiento á las divisiones francesas y de nuestros ejércitos y á los generales Espartaco, San Miguel, Castañeda, Córdoba y otros, y de almacenes y depósitos de sal, de comestibles y de efectos militares.

Su situación es despejada, saludable y aminorada de neblinas; se desdobren desde las espaldosas habitaciones galeatas y pasadizos, un horizonte de muchas leguas; dista dos cortos de Miranda de Ebro, media

de Puentelarrá y un paseo de Santa Gadea; abundan la caza, la pesca y los artículos de primera necesidad; pasa tocando con las cercas del edificio la carretera de Burgos á Bilbao, y es lástima que no se aprovechen todas estas ventajas y proporciones para montar en grande un establecimiento fabril.

Remato SALOMON.

PARROQUIA DE SAN PABLO EN ZARAGOZA.

El primitivo origen de esta parroquia se pierde en la oscuridad de los tiempos; únicamente se sabe de una manera notoria que en 1230 se señalaron los límites de ella, siendo obispo de esta ciudad de Zaragoza don Arnaldo de Peralla, según resulta de la capitula de demarcacion autorizada por el citado obispo. Se presume con bastante fundamento que la parroquia que nos ocupa fué en su primer origen una pequeña iglesia bajo la advocacion de San Blas obispo y mártir, situada extremos de la ciudad, en las inmediaciones del castillo de Aljefesa y puerta de Sando, y que á medida que iba aumentando el vecindario fué necesario engrandecerla, hasta que por fin, marcados sus límites en la citada época, se trasladó al sitio en que hoy se halla, habiéndose ido ampliando en proporcion el aumento de poblacion con el producto de limosnas de sus feligreses. Volviendo á ser uno de los templos mas capaces de esta ciudad desde los últimos siglos. Esta parroquia pues, en medio de su huciliosa y vasta feligresía, levanta su hermosa octógona torre adornada con ojivas y redonda de resaltables arboteros; de las dos puertas laterales del templo, partió la mas concurrida su antigua forma con su última restauracion; la otra aun conserva sus gólicas molduras y sus severas estalimas, bajo circelados guardapolvos. El interior de este templo, aunque no contiene magnificencia, ni mucho menos la regularidad correspondiente, sin embargo presenta su desnuda arquitectura el carácter monumental y mucho misterio y respeto en su espacio recinto; la nave principal, alumbrada por resacasde ventanas y colgada de antiguas repiceras, escede notablemente á las dos laterales, que reuniéndose en el ábside y en el trascoro, la encierran por todas partes á manera de corredor; la nave izquierda por su mayor estrechez, á causa de la aguda ojiva de su bóveda, es oscura y contiene los cuadros de cincuenta y seis tablas gólicas que deben mas mérito al arte que á la antigüedad. La capilla de San Miguel con su cúpula y cubres, todo platado por Gerónimo Seoane, encierra un sepulcro donde se halla enterrado D. Diego de Montcal, obispo de Huesca, muerto en 1607, según indica su inscripción.

El retablo mayor, mas ambicioso y envasado con sus labores de crestería sobre nádeca dorada; con su profusion de imágenes y detalles, y con sus trabajadas pulseras se gloria de haber salido de las manos de Damian Forment, para la degeneracion ya manifiesta de sus gólicas detalles, el gusto y la ejecución de la obra pocas digna del grande artífice, aunque no de algunos de sus discípulos mas aventajados, la rebusca el honor que se le atribuye de hermano del grande retablo del Pilar, obra del mismo en su basamento lleva seis relieve de la pasion de Nuestro Señor Jesucristo; cuatro en el cuerpo principal á los lados de la efigie de San Pablo, representando acciones de su vida, y otros cuatro en el segundo cuerpo, terminado con la imagen del Crucificado; así en su disposicion como en sus adornos, alejándose mas y mas de la sencillez y unidad primitiva, tiende á la multiplicidad de compartimientos, tan dominada luego en los retablos platerescos.

Esta iglesia se distingue en las procesiones por dos cosas muy notables: a) por qué estrafias: una de ellas es, que al salir el capítulo de beneficiados con su cura presidente, maderos y demás sirvientes de la iglesia para incorporarse en las metropolitanas del Pilar ó del Aseo, se retira el citado cura con los sirvientes al llegar al antiguo arco de Toledo, y continúa el capítulo con su cruz al punto de reunión general. La otra es el famoso *gancho*, que consiste en una asta larga forrada de plata hasta su final que termina en gancho bastante grande de otro metal. Esta rara insignia ocupa su lugar delante de todas las procesiones entre las cruces parroquiales. Varias son las versiones que se quieren dar al citado *gancho*, pero entre todas la que ofrece mas verosimilitud es la de atribuirle á que despues de la traslacion de la parroquia desde la antigua iglesia de San Blas al punto que hoy ocupa la actual de San Pablo, continuó la devocion de ir en procesion la parroquia todos los años el día de San Blas hasta su iglesia, situada extremos según queda indicado, y se supone que al cambio estaba lleno de maderas que obstruían el paso, y para facilitarlo se estableceria sin duda el famoso *gancho* á fin de ir cortándolas, de lo cual proviene sin duda su origen y conservacion hasta nuestros días.

GASTRÓNOMOS CÉLEBRES.

Séneca señala á Marco Apicio por el mayor gloton que hubo en el mundo; y entre las cosas que se cuentan de él, una es que sabiendo que en África habia bigos muy sabrosos, emprendió un viaje en sus objetos que él se comiera, é hizo sacrificios por haber encontrado una cosa tan buena.

Aristógeno Cirenaico fué tan comedor y goloso, que hacia regar con vino las lachagas que tenia en su huerto para que crecieran mas y suplicas mejor, segun el testimonio de Suidas.

El emperador Vitelio comió tres ó cuatro veces y tomaba cosas para promover el vómito, á fin de poder comer mas, añadiendo Suetonio que no solamente como lo que se aderezaba en su casa, sino hasta las carnes de los sacrificios.

Aristipo Cirineo cifaba toda su felicidad en comer y beber.

Clodio Albino fué tan tragon, que en una sola cena se comió quinientos bigos, diez medios ostenses, mas de veinte libras de uvas, cien zorzales ó gordos y cuatrocientas ostras.

El emperador Máximo se comia generalmente cuarenta y cinco libras de carne y se bebía una cántara de vino.

Milon Cronense fué excesivo en el comer, y á pesar de sus grandes fuerzas y cuerpo llamaba la atención, pues, segun dicen, cogía un buey, le mataba de un puñetazo, se le llevaba á cuestras, y se le comía en menude de veinticuatro horas, con mas veinte libras de pan y tres arrobas de vino.

Asidamas Mileta fué llamado por el rey Ariobárzanes á comer, y riéndole cuanto estaba dispuesto para los demás convidados, que eran bastantes, no dejó nada.

Á Cambles, rey de los sidos, se le supone tan tragon, que se asegura que una noche devoró á su mujer.

Vedio Polion echaba vivos á sus esclavos en las piscinas ó albercas para que se cebasen mejor los peces y estuviesen luego éstos mas sabrosos.

Aristóteles dice que Filogeno nunca se hartaba, que un rey no podia sustentarle, que todo su cuidado era el comer, y que se lamentaba de no tener el piscozo tan grande como el de una grulla, para recibir mayor delicia con las viandas.

Mitridates hacia aderezar ricos manjares y daba premios á los que comiesen mas, á la mira de que no fuese tan remarkable y notada su glotonería.

El piutor Eróclides deseñaba y ganaba á todos á comer.

Horacio refiere que Publio Galonio, pragonero de Roma, fué tan gran oficial en comer, que nunca se vió harto.

Fagolan se comió de una sentada un juhali, cien cuartetes de pan, un cántaro y un cerdo, y se bebió una tinaja de vino, como lo cuenta Flavio Vopisco en la vida del emperador Aureliano.

El emperador Galva comia desentrenadamente á cualquier hora del dia.

Graciano steniense fué tan gran comedor, que se mandó por público decreto que nadie comiese con él.

Remigio SALOMON.

UNA APUESTA.

A FERRIN CABALLERO.

Una de los momentos mas felices de mi vida ha sido aquel en que he visto la carta en que preguntaba Vd. al señor Harenbusch quien era yo, prodigándome elogios que no merezco. Este recuerdo halagaba demasiado mi orgullo, que es mi principal debilidad, y sedujo mi corazón, como las novelas de Vd. habian seducido mi inteligencia. Privilegio es del genio el deslumbrar y seducir con sus miradas. Como prueba pues de esos sentimientos, no puedo hacer mas que dedicar á Vd. esta parte de una especie de *trilogía* que hace mucho tiempo deseaba escribir, y que espero que cuando esté terminada será la más perfecta de mis composiciones. Humilde es la ofrenda, pero la voluntad la enriquece; y el genio, por lo que tiene de divino, debe, como Dios, no mirar el don que se presenta en sus altares, sino el corazón de quien le presenta, y es enteramente de Vd. el de su admirador

PABLO GANARA.

Diciembre de 1834.

I.

ESPOSICION.

En una sala lujosamente amueblada, en el piso principal de una casa nueva de la calle de Alcalá, la mas ancha y mas bella de Madrid,

dos jóvenes sentadas en un sofá de terciopelo blanco hablaban solas y confidencialmente á principios de diciembre de 18..

La mas joven se llamaba Margarita Buendía, y era esposa de un agente de Bolsa. Contaria de diez y ocho á diez y nueve años, y era un sueño de amor realizado, la encarnacion de una melodia amorosa de Meyerbeer. El óvalo de su rostro era mas puro que el de la Venus de Milo; sus ojos azules como el cielo estaban iluminados por un rayo de pureza, semejante al primer rayo de luz de la aurora. Su nariz era griega, su frente recta, serena y despojada, y su boca rica de vida y cortada con esa delicadeza que anuncia la castidad del alma; su cabello de un rubio oscuro, formando una trenza rodeada por una cinta de terciopelo azul, coronaba su frente como una diadema, y la daba cierto aspecto régio y majestuoso; empañaba, no obstante, su fisonomía un velo de tristeza, como el que los pintores se complacen en dar á sus retratos, que denunciaba un pensamiento fijo y melancólico.

Su compañera, Enriqueta Valdés, no era tan hermosa estéticamente considerada; sus facciones eran menos regulares; pero poseía la viveza que encanta. Esposa de un rico comerciante, habia llegado al festin de la vida con ánimo de divertirse y de mirar, segun el consejo del padre de Anita de Danlos á su hija en su lecho de muerte, mas bien la calidad de los placeres que su número. Sibarita por naturaleza, su ciencia era el placer, y todas las mañanas se decía como los trapenses á sus hermanos amorir habemos, para salvarse á aprovechar el tiempo que la quedaba de vida.

Enriqueta, como todas las mujeres de vida relajada, tenia un placer secreto pero vivísimo en las faltas de sus amigas, y en este momento se entregaba á él con delicia; pues aunque Margarita permanecía pura, varias circunstancias hábilmente creadas la hacian aparecer culpable.

Explicáremos esto antes de pasar adelante. D. Juan de Aguiler, el hermano menor del poeta entonces de moda, amaba en secreto á Margarita con un amor propio de una doncella. El respeto le habia impedido siempre hacer una declaración á su amada, cuya aureola divina tenia empallar con su aliento, y ni aun á mirarla se atrevia sino á hurtadillas, por temor de que si luego de sus miradas le delatase: sin embargo, sus amigos notaban que hablaba siempre de ella con calor, y que era decidido campeón de su virtud. Una mujer joven y bonita que ama á su marido y le guarda fidelidad, es un fenómeno bastante raro entre nuestra juventud gangrenada de vicios para picar la curiosidad. Todos los ojos la siguen como á un jugador de manos, deseosos de sorprender su secreto, y pronto ó tarde si no se descubre se la calumnia. Todos se preguntan con ansiedad: ¿Y de N... no se dice nada? Hasta que uno inventa para decir algo. Un dia varios jóvenes, entre los cuales se encontraban D. Juan y Enrique Valdelegre, el *Mon de Madrid* en aquella época, almorzaban en el café Suizo, contando la gaceta chismográfica del dia, obra ingeniosa, para la cual cada uno prestaba voluntariamente sus fuerzas. Uno de los concurrentes nombró á Margarita diciendo á Enrique. ¿Tú que no crees en la virtud de las mujeres, cómo explicas la de Margarita?

—Como me esplico que después de la invencion de la pólvora no se hayan tomado muchas plazas á las cuales no se ha puesto sitio, respondió Enrique.

—Pero, replicó su interlocutor siguiendo la comparacion, muchos se le han puesto y se han retirado diciendo, que es un Gibraltar, que puede destruirse, mas no tomarse.

—Entonces tan sido muy necios,

—Durillo estás.

—No hay virtud sin en talon de Aquiles.

—¿Y hubiera: tú descubierto el de Margarita?

—¡Bah! dijo con desden Enrique arrojando una bocanada de humo, y mirándole elevarse al techo con indiferencia.

D. Juan, á quien esta conversacion hacia daño, dijo con mal humor: eso no pasa de ser una brabeta, una fanfarronada petulante.

—¿Quieres convertirte de lo contrario? le preguntó Enrique picado en el orgullo, la parte mas dolorosa de su corazón.

—Con mucho gusto, replicó D. Juan.

—Pues apuesto veinte onzas á que Margarita es mia antes de dos meses.

—Apuesto treinta á que no.

—Vayan las treinta, dijo Enrique; y añadió volviéndose á sus compañeros: quando Vds. citados para dentro de un mes á las seis de la tarde en la fonda de Lady, á una comida que pagará el perdedor.

—Si; dijo D. Juan, añadiendo á su oido y si ganas, quedas citado para el dia siguiente á un duelo á muerte, porque amo á esa mujer.

—Entonces, respondió Enrique sin inmutarse, pondré doble cuidado para la conquista, porque tiene para mí doble interés.

Al dia siguiente Enrique halló á Margarita en un baile, y aprovechando una ocasion, la declaró su amor, que fué desdeñado con altanería. D. Juan, que sin ser visto presenciaba la escena, se rió de Enrique diciéndole:—¿No tenia yo razon? Pero Enrique le contestó: aun que-

den 29 días para cantar victoria; y empezó á poner en ejecución su plan de campaña. Para esto dijo á Margarita:—Vd. me desdén por que ha hecho voto de virtud ante las falsas aias de la gloria del mundo, y para Vd. es todo la reputación. Pues bien: si no me ama Vd., si no satisface al menos mis deseos, su reputación perecerá. Escoga Vd. entre una deshonra pública ó una deshonra secreta. Y como ella no hizo caso de sus amenazas, comenzó desde aquel momento á representar su papel de amante favorecida. La seguía como su sombra; le dirigía en público miradas de inteligencia y frases ininteligibles; se sentaba siempre á su lado, y la habiaba en voz baja y misteriosa de las cosas mas insignificantes, con todo lo cual la murmuración empezó á zumbar en torno de la inocente jóven, que solo la echó de ver cuando, crecida, estaba ya próxima á convertirse en calumnia. Margarita entonces suplicó á Enrique que la dejase tranquila, y no turbase su felicidad.

—Como Vd. la mira, la respondió el implacable galán, y á la noche siguiente llevó al mas hablador de sus amigos á que le viese subir por el balcón á casa de Margarita, cuya doncella había sobornado.

La murmuración, con esta última prueba, llegó á tal punto, que el esposo de Margarita, ausente á la sazón, recibió cartas de odiosos amigos que se le participaban, y escribió á su mujer dándole celos. Margarita suplicó de nuevo á Enrique; pero él le contestó:—Escoga Vd. entre la falta pública y la secreta. Soy inexorable. He apostado con

unos amigos á que sería Vd. mi esposa aun no la sabo. Ahora, si Vd. premia mi amor, confesaré que he perdido, porque la amo; pero si no, todo el mundo creerá que he ganado mi apuesta. En este momento Margarita, no sabiendo qué hacer, llamó á Enriqueta y la pidió consejo, descubriéndola francamente su situación.

—Va no vacilará, respondió Enriqueta; cedería por mi esposo y por mis hijas, pues conozco bien á Enrique, y pueda asegurar que será inexorable en un asunto en que está interesada su vanidad. Eres la primera mujer que se le resiste, y por consiguiente, la primera de quien tiene deseo de triunfar. Conténtale y apela á su compasión, porque es mas fuerte que tú, y luchar con él es una locura; á menos de que consigas en tomar por amante á un espadachín que le haga arrepentir de su empresa; pero aun así tu reputación quedará manchada, pues solo una confesion pública de tu calumniador, hecha en un momento decisivo, podrá salvarla.

—Pero, dijo Margarita, ¿y si aun despues de ceder no tiene piedad? ¿Si me tiende un lazo?

—Ahora todo está perdido y te agarras á lo que primero sacuestras como el que se ahoga. Cruzarse de brazos es renunciar á la esperanza. En último resultado ¿qué pierdes?

—Mi honor y el aprecio de mi conciencia, respondió Margarita.

Enriqueta no respondió, porque estos escrúpulos la eran incomprendibles.



(Ex-Monasterio de Nuestra Señora del Espino.—Pág. 2.)

En este momento entró Doña Teresa Villar, madre de Margarita.

Doña Teresa era una viuda de 35 años, adornada con la belleza majestuosa de que se rodea el sol poniente. Sus formas eran llenas y redondas, sus ojos grandes y negros un poco salientes, iluminados por un rayo de inteligencia, y limpios como los de un niño; sus labios delgados, rojos y cortados delicadamente; su nariz recta y afilada, y en ambas mejillas un gracioso hoyuelo como en las de la reina Cristina; que parecía marcado por el dedo del amor. Cubría la un traje de raso negro. Su peinada á la Ana de Austria dejaba descubierta su alta y limpia frente. Era en fin una mujer hermosa en el último y mas brillante período de su hermosura, que procuraba realzar sus gracias con su larga experiencia de la coquetería.

Casada á los quince años, madre y viuda á los diez y seis, el matrimonio le había dejado por insaciablesidad de placeres, que otros cuidados habían podido apenas entibiar. Su esposo seguía una máxima falsa pero muy extendida, que un autor moderno ha sentido como axioma y base de su fisiología del matrimonio, á saber: que para conservar la virtud aparente de una mujer casada es preciso variar hasta el infinito sus placeres: así es que Doña Teresa, que dejó inocente y pura á la estirpa nupcial, salió de ella corrompida como una cortesana. En el matrimonio, como en todos los estados, como en todas las acciones humanas, el pecado lleva en sí la penitencia. Siguiendo la máxima espuesta arriba, se hace del placer la idea predominante de la existencia; se en-

gendra en el alma un deseo que crece mas cuanto mas se intenta satisfacerle, como la avaricia, como la embriaguez, como todos los vicios; se destruye el pudor, el mejor guardián de la virtud de una mujer casada, y aún el cual el sentimiento del deber es un asunto de conveniencia, poco mas importante que un artículo del código de la cortesía, y el esposo que pensaba de esta manera guardar su honor, se ve mas expuesto á perderlo que el que siga un camino contrario. Esta máxima es hija de un deseo vicioso, estendida por miras particulares, y verdadera á lo mas cuando la mujer que se toma por esposa sea una cortesana de cuerpo ó de alma.

Despues de este modo Doña Teresa, apenas se acabó la educación de su hija, no tuvo mas freno que las apariencias y el deseo de dar buena educación á Margarita. Semejante á los contrabandistas andaluces, se entregaba á todos los excesos en sus ocultas conversas; pero en su casa tomaba el traje de la virtud y la máscara de la modestia. Ella misma no habiase sabido explicar bien por qué obraba de esta manera; pues no creía mala su depravacion. Cedia á la costumbre, á un buen instinto mas fuerte que el cáncer de su educación depravada.

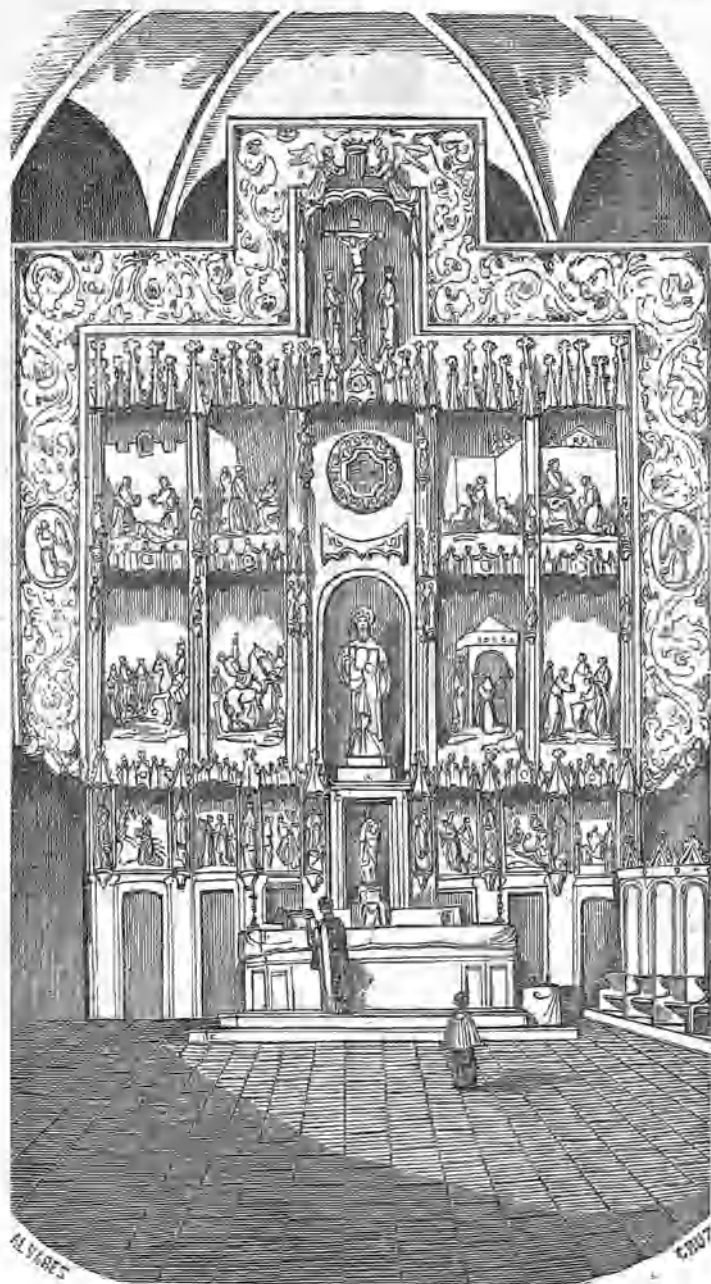
Cuando Margarita se casó, Doña Teresa alcanzó mas libertad, y limitó sus precauciones á guardar las apariencias; pero no le pudo hacer tan perfectamente que no se hablase de sus amores. Era una conquista demasiado tímida, para que sus amores guardasen el secreto. D. Enrique sobre todo, que enamoraba mas por vanidad que por vi-

...entregó su reputación á las murmuraciones de la ociosidad, su-
 mostrando mas pruebas de las que hubieran podido exigirsele en ju-
 ricio. Este era el amante que á la sazón tenía, y el único quizá que
 supo inspirarle un amor firme y sincero, á pesar del poco decoro
 con que la trataba y de sus infidelidades que la desgarraban el cora-
 zón, pues los hombres de esta especie son, contra lo que á primera
 vista parece lógico, los que mas partido alcanzan con las mujeres. No
 me detendré aquí á explicar esta aparente anomalía psicológica, por-
 que ya la he explicado en otro lugar. (Véase LO QUE NOS FALTA.)

Dña Teresa venia á buscar á su hija para ir á paseo, y las tres
 demás salieron juntas, y se dirigieron al Prado.

El Prado, mal que pese á su nombre, recibido en otro tiempo

cuando cubria sus calles verde y alfombrado césped bordado de olorosas
 flores como una mollida alfombra, no es hoy sino una larga llanura
 enarenada, adornada con largas hileras de árboles sombríos y seis ú
 ocho fuentes de piedra, y cercado por palacios y edificios públicos
 como el Museo, uno de los mas ricos de Europa en pintura, y de los
 mas pobres en escultura; el Jardín Botánico, gloria de Carlos III. La
 platería de Martínez y la pirámide del Dos de Mayo. Teatro en otro
 tiempo de mil comedias de capa y espada, mas ingeniosas que las de
 Calderón, es hoy el escenario de nuestras ridiculas farsas de rostun-
 bres, un salón más donde la aristocracia de la sangre, del dinero ó del
 talento, la primera y mas olvidada de todas, se reúne á tratar sus
 asuntos, á razonar sobre política, á esparcir noticias que causen alte-



(Retablo mayor en la Iglesia Parroquial de San Pablo de Zaragoza.—Pág. 3.)

raciones en la Bolsa, á cuchichear de amores ó á lucir trajes y joyas,
 cuyo precio ha sido muchas veces la virtud.

En nuestra sociedad, idólatra del dinero de oro, han caído en
 descrédito las ejecutorias, porque la nobleza, olvidando que su prima-
 cía consistía en su fuerza, y que su cetro era la inteligencia, se retiró
 á la sombra abdicando en las ambiciones advenedizas, y fué olvidada
 como un astro apagado. Cópese á sí propia de su olvido. El talento se
 rebajó al materialismo, y se esclavizó á la plutocracia, que le monopo-
 lizó alimentándose con su sangre y olvidándole por vanidad. Al verle á
 sus piés le creyó pequeño y le negó su origen divino (¿creía ella acaso
 en la divinidad?) como los doctores del templo, que viendo niño á Jesús,
 no pudieron comprender que fuese un Dios. La plutocracia pues quedó

sola en el trono, y la muestra de su dominio se halla en la misma
 Constitución del Estado, que por prueba de capacidad exige que los
 representantes de la nación posean una renta crecida. Para privar con
 esta diosa es preciso ser de su clase, es preciso poseer riquezas. No
 importa cómo se han adquirido; esto no lo indaga nadie; pero importa
 que se posean; y como de la riqueza es un buen traje la mas pronta
 garantía, un buen traje es el primer requisito que se exige á los que
 quieren ser algo en nuestra sociedad. De aquí que el lujo sea indispen-
 sable y que á él se sacrifique la honradez, la probidad, la conciencia,
 la virtud. De aquí, que lógica la sociedad, no mire en nada sino la apa-
 riencia, y haga de ella la esencia de las cosas.

En el Prado ahora no pueza la elegancia sino en el salón, y aun

en este un pequeño trozo mas allá de los bancos de piedra, usurpado á las nocbes y caballos. En este sitio se posa el otro tiempo una vejez con asientos; pero se quitó pronto, porque como los asientos eran grandes, se ocupaba el pueblo, mezclándose así sus andrjuzos vestidos con los elegantes de los nobles y banqueros, lo cual parecía indecoroso á los dueños de la igualdad. ¿No llamará nuestros hijos á nuestro siglo el de las contradicciones? ¿Quién sabe! ¿quién valdrán ellos menos que nosotros, que serí bien poco valer!

En el Prado hallaban los tres demas á Enrique que paseaba con algunos de sus amigos. Acercóse á saludarlas, y aprovechando el momento en que Doña Teresa y Enriqueta miraban un caballo que de intento había encobrtido al girarle para lucir sus destreza, dijo á Margarita:—Hoy es el día decisivo. Mañana cumple al plazo de la apuesta; ¿debo de decir que he perdido, ó que he ganado?

—¿Por Dios! exclamó Margarita con un acento tan afligido, y lanzándole una mirada tan suplicante con sus hermosos ojos llenos de lágrimas, que hubiese conmovido á cualquiera otro, pero que á Enrique solo le produjo un deroz brutal y violento, porque le revelaba un cielo de voluptuosidad exquisita.

—Esta noche á las diez espero á V. en mi casa, la dijo, si Vd. no va, tomaré mi partido.

—Iré, dijo Margarita desesperada.

Esta escena desgarradora, mas cruel que las que diariamente arrebacan lágrimas en el teatro, pasó desapercibida, y ni Doña Teresa ni Enriqueta que eran las personas que se hallaban mas cerca de Margarita, la sospecharon.

D. Enrique se separó de ellas, y siguió paseándose con sus amigos.

—Párese que tu apuesta va bien, le dijo uno de ellos, D. Marlin de Aranda.

—Aun no la he ganado, respondió Enrique.

—Pues mañana cumple el plazo.

—La ganaré esta noche. Aun tengo tiempo.

—Parce imposible, dijo Torrente, uno de los compañeros de Enrique, que ese Ángel de pureza sea frágil como una mujer. En sus ojos se refleja el cielo como en la corriente de un rio tranquilo...

—Que oculta cielo y podredumbre en su fondo, respondió Enrique siguiendo la comparación: así son todas las mujeres, hermosos frutos cuyas entrañas corren un gusano asqueroso; flores brillantes en cuyo perfume está un repil ha depositado su veneno, que dan la muerte al que confiado se acerca á embriagarse con sus aromas. A una mujer verdaderamente pura la respetaría yo tambien, yo que nada respeto; la amaría yo, cuyo corazón desecado por el sol de los placeres no produce más flores que el desierto de arenas abrasadas. No tendría valor para quitar su virtud á una jóvna que se tuviese verdadera; pero mi larga experiencia me ha enseñado que la virtud es una ilusión; una moneda imaginaria que quizá existió alguna vez, pero que ya se ha perdido, y solo quedan las falsificaciones mas ó menos perfectas, que pasan en la sociedad por la miopia intelectual del mayor número de los hombres. Si se cupiese el secreto de todas las virtudes, algunas darían asco.

—No, respondió Aranda; la virtud existe, y yo la encontré un dia en mi camino, retirada y oculta en sus hojas como la violeta, embalsamó mi saeño en un dia de estío en que las fuerzas me fallaban.

—¿Y dónde está? preguntó Enrique.

—Un ángel le arreancó de su tallo para adornar con ella la mansión de Dios; es una historia que os contaré algún dia.

Una hora después, Doña Teresa, volviendo á su casa, hallaba en ella un anonimo que decía:

D. Enrique se dirija de Vd. y vende su amor; si quiere Vd. probar, vaya esta noche á su casa á las diez, y entre por la puerta secreta cuya llave acompaña á esta carta.

—¿No fallaré! exclamó Doña Teresa loca de celos.

Antes de contar la terrible escena de esta noche, prólogo sangriento de un terrible drama social, vamos á echar una ojeada sobre la vida anterior de Enrique, que justificará su carácter.

(Continuad.)

LAZARINA.

Hace algunos años, se veía en uno de los mas deliciosos teatrillos de Paris una actriz jóvna y linda llamada Lazarina.

Lazarina tenía sin duda otro nombre (al de familia), pero no se la conocía, y á decir verdad nada se lo habia preguntado. Habia hecho su estreno en el teatro, y habia salido airosa. El cartel le daba en letras mayúsculas el nombre de Lazarina, y era bastante. Como esas aves que pasan y no dejan tras sí mas que el eco de una canción, las bellezas brillan y desaparecen sin que las unas veces se sepa de dónde vienen y adónde van: han sido, ya no son, y negocio concluido.

En la época en que principia esta relación, Lazarina acababa de llegar á su mayor edad. Hacía ya dos ó tres años que representaba, y su reputación principaba, en sí de los folletines, á invadir la provincia y el extranjero. Hemos dicho que Lazarina era linda; además tenía talento y agudeza, lo cual indica bastante que muchos se ocupaban de ella.

Pero Lazarina era ó su manera una mujer singular; si se le conocían muchos amigos, no se le conocía un protector, y se necesitaba verdaderamente que ese indago fuese de una antipatía indispensable, porque sus mismas camaradas, que tenían muchos celos de ella y la detestaban un poco, contestaban que Lazarina vivía muy tranquila y retirada.

Todos los dias llegaba al teatro y marchaba acompañada de su madre, persona bondadosa é indulgente, que hablaba muy poco y no sentía ninguna necesidad de elogiar á su hija á tonlas y á locas, como suelen hacerlo todas las madres de las actrices. Esa escepte mujer, muy atenta y cortés, se mantenía en un rincón detrás de bastidores, mientras que su hija representaba ó ensayaba, y pasaba la mayor parte de su tiempo bordando alguna vieja tapicería, la cual le daba una semejanza con Penélope. Á la primera señal de Lazarina, se levantaba; envolvía su tapicería, le metía en su cubas en verano y en su mantenido en invierno, y se marchaba con la prontitud que le permitian sus pierns algo cortas y su destatura un poco fuerte. Pasada la puerta del teatro, Lazarina recogía la falda con mano ligera, y fuese cualquiera el tiempo que hacia, se dirigía á pié á su casa, sin que jamás le esperase ninguno á la salida ó se le reuniera en la calle. Iba siempre vestida con sencillez y con trajes de color sombrío. Su juventud y sus gracias formaban todo su adorno.

El interior de la habitación de Lazarina correspondía á su traje: era sencillo, pero sin lujos. Ocupaba un aposento en una vasta casa de la calle del Sentier, cuarto pian sobre el entresuelo, compuesto de cinco piezas y un balcón en que Lazarina ponía los ramos de flores que sus amigos le regalaban. Los muebles eran de caoba vieja, pero muy lustrosos, y las cortinas de damasco de lana. El cuarto de dormir de la actriz era el único que revelaba algun asomo de coquetería, pues se veían en él algunos cuadros con hermosos marcos, su pequeño bufete de palo de rosa y una luna de Venecia de un dibujo delicado: el pendulo de recalla que daba las horas era de un excelente modelo, y las cortinas de la cama de tul bordado tenían lazos y guarniciones de cintas de seda de color de rosa de un aspecto fresco y risueño.

El todo no valía cien luises; pero Lazarina se complacía en ese interior modesto, en que iba y venía como un pájaro en su jaula.

No porque Lazarina no amase, como tantas otras, los diamantes y los abales, y no hubiese aprisionado gustoso su lindo talle, flexible y bien torneado, en vestidos de moaré y raso, sino porque amaba con extremo la independencia y tenía un cierto orgullo que la hacia rebacia á las seducciones.

No se vaya á creer por este cuadro que Lazarina vivía en su aposento como en una jaula. Al contrario, nadie era de mas fácil acceso de humor mas placido y de carácter mas franco. Así que uno la veía tres veces, era admitida en su casa sin dificultad, y los ramilletes que la ofrecían eran puestos sin ceremonia sobre un chimenea. De consiguiente eran frecuentes las visitas en la casa de la calle del Sentier; un pobre actor mal perjeado solia hallar allí un pedimetre vestido de mil primores; pero todo se limitaba á conversaciones: la puerta estaba siempre abierta, y el corazón siempre cerrado.

Cuando Lazarina creaba un papel en una pieza nueva, se sentaban en las butacas de orquesta uno ó dos docenas de jóvenes, morenos, rubios, ó rojos, y hasta un poco oscos, que no apartaban la vista de ella. Estaban sentados por fila, estos á derecha, aquellos á izquierda, y todos en pié de guerra y aplaudiendo con todas sus fuerzas. Lazarina los conocía á todos de vista; pero cuando no sabía sus nombres, les daba alegremente un número de órden. Al fin de una temporada en que habia alcanzado hermosos triunfos, Lazarina habia llegado al número treinta y siete. Una uncha que parecería trista, cosa que le sucedía rara vez, le preguntaron lo que tenía.

—No sé, respondió; pero creo que el número quince ha muerto, pues hace ocho dias que no le veo.

Entre tanto Lazarina tenía preferencias; si ninguno de aquellos números le habian tocado, algunos la agradaban, estos por su aire, aquellos por su agudeza. Con esos preferidos, y no dejaba de haber siete ó ocho, era coqueta sin saberlo, pero coqueta como Colmena, y con una coquetería tanto mas peligrosa porque era natural. Cuando hablaba con uno de ellos, su boca tenía una sonrisa, y sus ojos una expresión y un brillo que la convertían en una mujer enteramente nueva. Lazarina era de esas mujeres que jamás se asemejan, que cambian bajo la mirada que las estudia. Su cara desaparecía á los pintores que habian intentado hacer su retrato. Pintábase en ella súbitamente la menor emoción, y se la veía ponerse encesa ó pálida en cinco minutos, segun la naturaleza de las impresiones que recibía. Esa disposición á

mostrar todo lo que pasaba en su interior, con la intencionalidad de un lago que refleja todas las matizaciones del cielo, irritaba á Lazarina; pero todos sus esfuerzos no habían podido vencerla. Sus facciones expresivas eran como un agua viva que riza al menor soplo.

Entre los preferidos de Lazarina había uno á quien no podía menos de odiar. ¿Por qué? No lo sabía; pero era así. Ese preferido había llevado el número ocho. Era un joven rubio, á quien llamaremos Jorge de la Moere; tenía alguna fortuna, modales muy distinguidos, y desempeñaba en no sé qué administración un empleo que le daba grande ocupación.

Hacia ya algún tiempo que de la Moere se sentaba todas las noches en la orquesta del teatro en que representaba Lazarina. Su butaca estaba asignada de antemano, y Jorge llegaba allí así que Lazarina entraba en escena. Eso duró un mes ó seis semanas. Una noche que Lazarina había creado un papel nuevo con mucha travesura y jovialidad, de la Moere le volvió al teatro un ramillete de rosas blancas y brazos rosas, acompañado de un billete firmado con su nombre. Esa carta hablaba de su amor en términos sencillos y verdaderos. Lazarina tomó la carta, la leyó, y guardó el ramillete.

A la mañana siguiente llegó otra carta con un nuevo ramillete. Esa vez la carta unió al nombre las señas de la casa de la Moere.

Lazarina leyó la carta, olió el ramillete, pero no respondió. Desde ese día, todas las mañanas recibía nuevas flores. Las cartas no llegaban con tanta frecuencia, pero siempre venía dos ó tres por semana. Digamos que los días en que Lazarina no las recibía no estaba contenta mas que á medias.

Esas cartas estaban casi siempre delicadamente pensadas y finamente escritas, y distinguían un amor profundo y un espíritu alerta y vivo. Lazarina las leía con singular placer. A menudo, aun volvía á leerlas por la noche, y mas de una vez les dejó olvidadas bajo su almohada. Los ramilletes, en que siempre se veían algunas ramas de brezo, eran colocados cuidadosamente en vasos que la misma Lazarina llenaba de agua. Hecho eso, se ponía en su balcon y miraba á la calle, pateciéndola que de la Moere no podía dejar de venir. Cuando un cupé daba vuelta á la esquina de la balaustrada y se paraba ante la puerta de la calle del Sentir, le palpaba el corazón. De la Moere iba sin duda á aparecer y subir á su casa; pero se oía la portezuela, y se apesaba sobre la acera alguna buena mujer ó algun mercader de calle.

Lazarina llevaba al teatro cuando representaba una especie de saquito labrado en que metía papeles que le servían en escena. Cada noche no dejaba de deshacer algunas brujas de brezo en esa saquito, y durante los entreactos metía allí su nariz y las acariciaba con los dedos. Cuando por casualidad de la Moere no se hallaba presente cuando ella estaba en las tablas, se sentía triste; luego se ponía entesa bajo su colchete cuando él llegaba.

Algún tiempo de esa época, despues de una carta en que de la Moere se mostraba pido del silencio de Lazarina, estuvo ocho días sin escribir, aunque no cesaba de enviar ramilletes. Tampoco se dejaba ver en el teatro. Una noche (al cabo de seis meses), Lazarina, al salir de bastidores, percibió á de la Moere en un palco bajo, solo con una mujer elegante, joven y linda, á quien hablaba en voz baja. Lazarina tuvo como un deslumbramiento; pero se repuso al punto, y miró á de la Moere de frente. Esa noche representó con un talento y una gracia increíbles. Cuando llegó á su casa, lloró á lágrimas vivas y muy coloradas toda la noche.

Durante tres días vivió en una agitación que le era imposible dominar: tenía la cabeza hecha un volcan y el corazón oprimido.

—Pero vea que le amo! dijo para sí, y se echó de nuevo á llorar. Los celos eran como un relampago que la hacían ver en el fondo de su corazón.

Un instante pensó escribir á de la Moere; pero al punto renunció, no permitiéndole su orgullo natural dar ningún paso despues de lo que había visto. Su madre, que no comprendía nada de lo que pasaba en el corazón de Lazarina, la abrumaba á preguntas.

—No será nada! no será nada! repelía Lazarina. Pero la madre que sentía que las manos de su hija estaban ardiendo, insistía:

—Sin embargo debe haber alguna cosa!
—Pues bien: si hay alguna cosa, ya pasará! respondía Lazarina, cuyo orgullo se irritaba con la idea de dejar ver su herida.

La mañana del cuarto día tuvo un cafecito en que encerraba todas las cartas de Jorge de la Moere y las ramitas del brezo, y lo arrojó todo al fuego con resolución. Cuando la llama hubo devorado el último trozo de papel, respiró como una persona que recobra el sentido despues de un desmayo.

Se vistió, salió, y fué á pasearse á Tullerías.
Por la noche, besó á su madre en ambas mejillas, diciéndole:
—¡Bah! ya puedes dormir tranquila, pues estoy curada.
Pero Lazarina había cumplido ya veintinueve años hacía algunos

meses, y vivía en una atmósfera de fuego en que los sentimientos se exaltan como las plantas en las estufas. Una serria inquietud la agitación y la hacían mas fácil á las emociones, sin quitarle nada de su orgullo; sentíase atraída hacia el amor por su juventud, su talento y su hermosura, y lo que ella veía del amor en los bastidores la indignaba. De consiguiente su corazón estaba como suspendido y agitado entre dos contrarios opuestos.

Una actriz muy esperanzada que la comprendía á media palabra, viéndola un día sentir á uno de sus preferidos, la cogió familiarmente por los hombros, y la dijo:

—¡Siempre coquetal! ¡y jama! enamorada!

Lazarina la miró riendo, y dijo:

—¡Eh! podría responderse como la canción: el amor ¿qué cosa es?

—¡No! O haces la fuerte, querida, pero ya lo sabrás tarde ó temprano. Con el corazón sucede como con las hojas, que por mas que estén verdes, es preciso que caigan.

—¡Entonces, el mio caerá por sí solo sin que yo me mezcle! respondió Lazarina con cierto airecito de desentado.

La actriz le dió una palmadita sobre la mejilla, replicando:

—¡Fierrosos mis, entonces tened cuidado que ese corazóncito tan rebelde no caiga en poder de un diablón!

—¡Oh! exclamó Lazarina indignada.

—¡Eh! querida mia, el que aguarda domado no escapa.

Todos estos discursos y otros mil semejantes, mezclados con los pequeños acontecimientos de cada día, aumentaban la turbación de Lazarina, que ya no sabía qué hacer ni en qué fijarse.

En algunos instantes en que la idea del matrimonio entraba muy seriamente en su espíritu y parecía fijarse en él. Era joven y juicosa, y á esa virtud que muchos habían atacado sin que ninguno hubiese podido vencerla, añadía una deducción que le hacía amar de los mismos á quienes ella rechazaba. ¿Por qué, como tantas otras que no lo merecían, no hallaría un hombre que quisiera casarse con ella? Una vez casada, tendría un apoyo, un protector, y no se vería mas entregada á esas tentaciones que, á la larga, minan las resoluciones mas fuertes y las hacen sucumbir.

El casarse es cosa que se dice pronto, pero no es fácil de hacer, especialmente en el teatro. Lazarina, que se sentía con el corazón bastante firme para consagrarse al que se diese áंतरamente á ella, estaba muy lejos de ser mujer capaz de tomar al primero que se presentase. Quería un hombre de bastante buena figura para poder mostrarlo á todo el mundo, y presentarse cogida de su brazo con cierto orgullo; además, necesitaba que fuese inteligente, bien educado, y en una posición de fortuna conveniente, á fin de estar segura de vivir sin por casualidad llegaba á dejar el teatro; y se contentaría en que todas esas condiciones no son tan comunes que se puedan encontrar al primer golpe.

En ese intermedio, y mientras aguardaba ansiosamente el objeto de su fantasía, se casó una de sus compañeras. Ese matrimonio no era ni bueno ni malo. Se había hecho un poco á la diábala, y se celebró casi al mismo tiempo que se anunció. El marido, que la recién casada presentó á Lazarina, tenía bastante buena figura para poder mostrarlo á todo el mundo, y presentarse cogida de su brazo con cierto orgullo; además, necesitaba que fuese inteligente, bien educado, y en una posición de fortuna conveniente, á fin de estar segura de vivir sin por casualidad llegaba á dejar el teatro; y se contentaría en que todas esas condiciones no son tan comunes que se puedan encontrar al primer golpe.

Para ¿qué fué de ella cuando, al cabo de algunas semanas, supo que el matrimonio era un infierno en que reñían sin tregua? Había noches en que la mujer estaba cándida y lloraba en los rincones; otras veces aflocaba risas estrepitosas y tomaba aires de evaporada; el marido estaba pesaroso y de mal humor; volvía de todos lados unos ojazos colados, y andaba rodando trágicamente por entre los bastidores. La actriz no podía resolverse á romper con los hábitos un poco libres de los bastidores, y el marido no tenía la filosofía de aceptar esa vida en que la Bohemia tiene tanta parte.

Un día en que la paciencia del pobre esposo había sido puesta á una prueba algo dura, Lazarina se interpuso entre él y la mujer para evitar una explosión y restablecer la paz en ese matrimonio turbado; pero no logró sino agriarles mas uno contra otro.

—Es singular! decía Lazarina; sin embargo tienen todo lo necesario para ser felices: juventud, hermosura, bienestar! ¿Qué les falta pues?

—Querida mia, le respondió la actriz que había hablado ya á Lazarina con motivo de sus coquetadas, les falta el no ser lo que son. Si solamente nuestra camarada fuese perfumista ó mercera; si su marido fuese honesto, gozarían de una felicidad perfecta, no menos venturosa que regular. ¿Pero cómo! han casado el agua y el fuego, el mundo y el teatro! El diablo hace metido en la danza, y todo anda revuelto.

—Muy triste es! dijo Lazarina.

—Triste? No. ¿Qué dirías tú de las personas que marchasen descalzas sobre espinas y se admirasen de ver correr su sangre?

—Entonces ¿qué hacer?... ¡Todo eso es bien difícil!

—Claro que es mas cómodo el nacer con cincuenta mil libras de

renta... Por desgracia, querida mía, esos honores no pueden tocar á todo el mundo.

Lazarina volvió á caer en sus incertidumbres, y casi no le quedaba ya esperanza. Solo la protegía el orgullo de su corazón, y quizás también cierta indolencia que la hacía sostenerse encima de sus contrariedades como un alcion flota adormecido encima de las olas.

Cuando hubo pasado un poco el periodo en que Lazarina tuvo ideas de matrimonio, volvió los ojos hácia el escuadrón volante de los enamorados, que seguían tan numerosos y activos como siempre. Aquella noche desempeñaba un papel que había sido creado por una actriz famosa, y en el cual se presentaba por primera vez. Durante una escena en que no tenía nada que decir, se divirtió en contarlos, analizando con la mirada sus defectos y sus cualidades. Eran veintuno; todos la miraban con sus anteojos y la aplaudían frenéticamente.

—¡Pobrecillos! se dijo, é hizo un movimiento de hombros tan gracioso que la valió un murmullo de aprobación.

Luego continuó mentalmente:

—¡El número catorce! Muy bien... bonitos guantes... suave, tan suave como un cordero... ¡pero tan tonto!... ¡El número seis!... sí... es gracioso en su decir, y luego tiene un aire tan suelto... pero es un perdido... si no acaba en Clichy, acabará mas lejos... ¡El número dos!... ¡hum! grandes bigotes!... pero no basta tener bigotes... El número diez!... ¡ah! este tiene un nombre esplendente y mucha fortuna... pero siempre se pone la corbata del mismo modo; lleva un lazo que me incomoda verlo... El número quince! ¡ah! está muy escribido cartas como un colegial; cuatro planas de admiraciones... El número siete!... es un buen mozo... muy ligero y despierto; será imposible aburrirse con él; pero también sería imposible ser dichosa... su corazón es una piedra... El número trece!... muy gordo... El número uno!... hombre muy honrado, incapaz de engañar á su querida ni á su mujer... pero es demasiado melancólico... no es un hombre, es un suspiro... Me condenaría á tristeza perpetua... El número once!... pobre inocente! se chupa el puño del bastón como si fuese un caramelo!

Y Lazarina continuó su revista hasta llegar al último; al número veintuno suspiró.

—¡A fé mía, murmuró, no meteré la mano en ese costal lleno de cereos.

Y Lazarina se levantó para acabar su papel.

Un día que volvía de su ensayo, su criada le dijo que había venido á verla una señora, y que había sentido mucho no encontrarla.

—Esa señora es de Lyon, donde habeis representado este verano, añadió la criada, y me dijo que os hiciera presente que tenía mil cosas que deciros de parte de las personas que allí habeis conocido. Además tiene que pedirnos un favor, y volverá mañana á las doce.

—¿Os ha dejado su nombre?

—Sí, aquí está su tarjeta; se llama Mad. de Renneville.

Lazarina tomó la tarjeta.

—¡Renneville! exclamó; nunca he conocido á nadie de ese nombre... en fin, si viene mañana, que entre.

Al otro día á las doce en punto, Mad. de Renneville entró; Lazarina no la había visto nunca; solo notó que estaba mucho mejor vestida que lo necesitaba para una visita de mañana.

—Señora, le dijo, ¿en qué puedo servirlos? y le señaló un sillón. Mad. de Renneville tomó asiento.

—¡Ah señora! dejadme respirar un poco, os lo suplico; ya no tengo mis piernas de veinte años, y este piso cuarto es tan alto... ¿no es piso cuarto?

—Sí, en efecto; y además hay entresuelo, contestó con sequedad Lazarina.

—¡Ah! ya estoy mejor, respondió la visitante sin cortarse, y principió á poder hablar. ¡Dios mío! ¿cómo podeis decidiros á vivir tan cerca de las chimeneas?

Lazarina miró á la visitante de cara, y sintió que se sonrojaba á pesar suyo.

—¿Llegaste de Lyon, no es cierto? la preguntó.

—No directamente. ¡Ah! qué buenos recuerdos habeis dejado allí; demasiado cortos por desgracia; todos vuestros amigos hablan de vos y esperan volveros á ver el año próximo... Lo único que les sorprende es que no esteis en el teatro francés, porque lo mereceis por mil motivos, por vuestro talento, vuestra gracia y vuestra hermosura.

Lazarina no hacía un movimiento; principiaba á dudar del motivo que había inducido á la desconocida á visitarla. El corazón la daba saltos en el pecho; cuando no estaba roja de confusión, estaba pálida de ira.

La recién llegada se calló también al notar aquel silencio.

—¿Eso es todo lo que tenéis que decirme? exclamó entonces Lazarina.

—Francamente, no... y á fé mía que os diré las cosas tales como son. Hareis el favor de disimularme; es la primera vez que me dirijo con tales intenciones á una mujer bonita... Uno de mis amigos se ha

quedado encantado de vuestra persona, y desde ese momento me habla sin cesar de vos; no he visto jamás á un hombre tan enamorado; no piensa mas que en vos; y cuando he visto que no había medio de sosegarle, me he decidido á veniros á ver en obsequio suyo.

(Continuaré.)

EL CONDE DON JULIAN.

FABULA.

De su rey vuelto enemigo,
pide con bárbaro afán
á los moros don Julian
que le venguen de Rodrigo.

Se presta el árabe á todo;
junta fuerzas, acomete,
y en el turbio Guadalete
se hunde vencido el rey godo.

Vengose Julian al cabo;
mas fué por su loca saña
cautiva del moro España,
y en ella Julian esclavo.

No estará acaso demás
que se lije en esta idea
gente goda que desea
los triunfos de Nicolás.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

JUERTO A LA CUNA.

(CANCION DE LA MADRE.)

Descansa en la cuna que ciño de flores
tagiendo con ellas risueño dosel;
dosel que no venzan los ciegos ardores
del sol que en tu rostro vé un sol como él...

Duerme sin cuidado,
sueña sin temor,
que mientras duermes está á tu lado
velando mi amor.

¿Quién sabe, paloma, qué senda en la vida
El cielo á tus plantas piadoso abrirá?
Tal vez entre sueños la pasee mecida,
tal vez el tormento tu herencia será.

Su santa elemencia
sabré yo pedir:
mientras respiras en la inocencia
puedes sonreír.

Acaso un palacio te guarda la suerte,
con triunfos y glorias y dicha sin par;
tal vez del mendigo la vida y la muerte,
sin nombre, ni amigos, ni patria, ni hogar.

Mas en tanto, niño,
duermes junto á mí;
que con los votos de mi cariño
ruego á Dios por tí.

Acaso una espada fulmina tu mano;
acaso tus labios derramen piedad;
tal vez encadenes el fiero Oncano,
tal vez te sepulte feliz soledad.

Oh! si yo supiera
lo futuro ver!
en tu sonrisa por fin leyera
lo que vas á ser.

Mas así dulce prenda, doquier que tú mira,
humilde ó glorioso, doliente ó feliz,
en tanto que amante mi pecho respire,
mi aliento y mi vida serán para tí.

Duerme sin cuidado;
sueña sin temor,
que mientras duermes está á tu lado
velando mi amor.

ANTONIO ARNAO.

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO PINTORESCO, á cargo de H. G. Alhambra.